



## MITOS Y PARADOJAS SOBRE EL LIDERAZGO INTERNACIONAL FUTURO

*Marcelo Ramón Lascano*

*Abril de 2009*

Una abundante literatura se ocupa del tema. De un lado se expresan aseveraciones sobre el debilitamiento o, directamente la desaparición del liderazgo norteamericano en el planeta. De otro, se conjetura qué país o países podrían liderar los asuntos mundiales, dado que alguna capacidad de arbitraje siempre es necesaria, sobre todo en un mundo complejo y cargado de rivalidades y de demandas de diferente tono.

Para ello los autores concentran la atención preferentemente en tres poderes. Los EEUU encabezan la selección según signos objetivos de vitalidad, aún en medio de la actual crisis. Sigue China con singular fuerza en reconocimiento de sus últimos logros, sobre todo en materia económica y de gravitante posicionamiento internacional. Finalmente, aunque ahora con menos fuerza aparece la Unión Europea, ese complejo, vasto y heterogéneo universo de veintisiete miembros. Por supuesto a mediano plazo también aparece Rusia, aunque con menos énfasis. Japón no cuenta.

Esta nota tiene por objeto sostener que, por ahora, y quizá por tres o cuatro décadas, la posición dominante de los EEUU parece incommovible, a menos que algún imponderable determine otra cosa. Para evitar malentendidos, a esa conclusión no se llega sino a partir de observaciones objetivas que no sólo contemplan logros y méritos, sino también indefiniciones y debilidades del resto de los aspirantes a ocupar o compartir posiciones hegemónicas.

Esta suerte de apuesta la he formulado hace meses, en los pródromos de la crisis que detonó precisamente en el sistema financiero norteamericano. En esa nota afirmé, quizá audazmente, que la crisis representaría una nueva oportunidad para corregir innumerables errores de gestión en la política económica que sería, con seguridad, también aprovechada para liquidar debilidades, transferir costos y recuperar un liderazgo que se venía debilitando.

La relativa invulnerabilidad de los EEUU responde, en primer lugar, a su unidad nacional fuertemente consolidada. Desde el fin de la guerra de secesión (1865) el país

emprendió, sin interrupciones, el camino que conduciría a conquistar “el destino manifiesto” como piedra angular para todas sus realizaciones. Instituciones innovadoras, perseverancia, culto a la tradición y al trabajo y, entre otras cosas, un refinado sentido de la oportunidad en un espacioso y bien dotado territorio configuró un marco excepcional para el éxito temprano.

La codicia territorial - lo que no se conquistaba se compraba- en una atmósfera de realizaciones individuales y colectivas de significativa trascendencia, consiguieron que a principios del siglo XX el país ocupara un lugar destacado en el universo. Luego, las dos guerras mundiales (1914-18 y 1939-45) satisficieron un temprano apetito hegemónico denunciado en el siglo XVIII por el Conde de Aranda, a la sazón, representante de Carlos III de España. En ambos conflictos casi sin daños resultaron amplios ganadores. Otra vez refinado sentido de la oportunidad.

Si bien algunos de esos rasgos constituyen características que otras naciones también comparten, la diferencia es que los mismos no concurren adornados, simultáneamente, por una vigorosa dotación de recursos y un exacerbado instinto de éxito personal y aspiración política de trascendencia ecuménica, que es lo que finalmente motoriza el ascenso, la permanencia y la recuperación frente a los contratiempos. Pero donde las distancias definen las diferencias es en campo de la ciencia y la tecnología. Y aquí yace la casi monopólica ventaja. Si conviene un método, un personaje o la ocasión, trabas institucionales o pruritos no suponen obstáculos.

Bien, qué sucede con las posibilidades sucesorias de la Unión Europea y de China. La primera todavía no dispone del atributo formal de la existencia política y jurídica, carece de lengua unificadora, de constitución y de moneda común, habida cuenta que el Euro (€) sólo rige en 16 de los 27 miembros. Las decisiones pueden demandar consultas y demoras duraderas, incompatibles con las urgencias y los métodos de Bruselas, donde se congregan importantes entes comunitarios. Estos aspectos, entre otros, hará difícil la legítima aspiración de Sarkozy cuando asegura “que Europa inspirará el nuevo orden mundial” (Bae 24-10.08). Tasas de mortalidad que superan a las de nacimiento, bienestar social no financiable, inmigración descontrolada, según el alemán Walter Laqueur, podrían convertir al viejo mundo en un “irrelevante parque cultural”.

Para peor, los intereses nacionales no siempre coinciden. En consecuencia, las estrategias respectivas pueden carecer de uniformidad o rapidez, según los objetivos buscados. Por ejemplo, los acuerdos entre Rusia y la Unión Europea pueden diferir cuando los entendimientos se estrechan con Alemania. La razón es entendible. Desde 1970, muro de Berlín mediante, Gazprom aseguró abastecimientos de gas, entre otras cosas, porque Rusia depende de inversiones y equipos de precisión alemanes indispensables para su desarrollo, aunque otros también inviertan. Angela Stent experta en estudios rusos en la Georgetown University no hubiera afirmado que “Obama debería trabajar con Alemania para reevaluar la política hacia Rusia” si la distinción careciera de realismo.

Las limitaciones de China para liderar los asuntos mundiales resultan, por ahora, referenciales. Al tema me referí varias veces porque algunas versiones mezclan deseos con probabilidades que los mismos chinos desmienten. “Chimérica”, la simbiosis entre

los EEUU y China es tan fuerte que cualquier eventual desarticulación parece una provocación. La relación ha resultado desde comienzos de la década de los setenta mutuamente fructífera, a tal extremo que parece difícil que pueda ser desafiada por acontecimientos como la actual crisis, por más que los chinos propicien a los DEG como moneda de reserva para independizar al mundo del dólar. La historia política está plagada de pantomimas para jubileo de las tribunas o para irritar adversarios.

La Alianza es conmovedora. China ahorra y exporta mientras los EEUU gastan e importan. En el medio están los dólares que pueblan las finanzas públicas y privadas. Si China se desprendiera de sus dólares, el valor de éstos se derrumbaría junto con las reservas y su solvencia externa. Si los EEUU dejaran de importar de su socio comercial, el PBI chino y el empleo se derrumbarían y los precios en los EEUU aumentarían significativamente causando un revuelo de proyecciones globales imprevisibles. Recuérdese que entre ambos países representan más del 33% del PBI mundial, el 25% de la población del globo y el 15% de la tierra firme del planeta. Esta simbiosis describe una relación que si puede pasar por momentos de tensión, difícilmente pueda desencadenar un conflicto irresoluble, al menos por unas cuantas décadas.

Las cosas hoy son más o menos así. El fin de la hegemonía norteamericana que presagió Alain Touraine quedó en el camino; el nuevo orden mundial que aseguró Jacques Attali se desvaneció antes de empezar; el país de contradicciones y contrastes que describió Luiz Moniz Bandeira, un brasilero residente en Alemania, tambaleo varias veces pero no se cae. La imparcialidad debería inspirar otra explicación para evitar confusiones e interpretaciones equivocadas. Hay que apoyarse en la experiencia y terminar, entre otras cosas, “con el rumiado masoquista del pasado” como aseveró Putin impugnando los intentos de provocar remordimientos frustrantes para Rusia.